

EL DOCTOR
WHÜNTZ



FANTASÍA
POR
RAUL WALEIS



BUENOS AIRES
CARLOS CASAVALLE
EDITOR
—
1880

A MI MAESTRO

El Dr. Mauricio Gonzalez Catan

AL DR. JOSÉ M. RAMOS MEJIA

Autor de

Las Neurosis de los Grandes Hombres

R. W.

Mayo 1881



EL DOCTOR WHÜNTZ

I



EL DOCTOR KARL WHÜNTZ tenía cuarenta y cinco años, y hacia ya veinte que se consagraba al estudio de un problema insoluble.

Mas despreocupado, ó mas sábio, que los hombres de su época, no practicaba la astrología ni la alquimia. Aretino y el milanés Cardano, se proponían explicar la vida y la muerte por medio de la influencia de los astros de los elementos sobre el hombre. El Dr. Whüntz se propuso encontrar, en el estudio

de los centros nerviosos, cuáles fuesen las reglas que rigen y presiden los movimientos humanos.

El no queria, cual Agripa, descubrir «cómo se manifiestan en nosotros los decretos de las estrellas.» Buscaba saber «cómo se manifiestan en el hombre los decretos de los nervios.»

Despreciando las *ciencias ocultas*, se sentia envuelto en las tinieblas de la psicología; y para escapar á sus dudas, se lanzaba en la ruta mas luminosa de ciertos estudios, que bien pudieran tomarse como los orígenes de la moderna ciencia fisiológica.

Quería encontrar las relaciones de sentimiento y de acción que producen las ideas y los movimientos; y su vida se consumía estudiando la médula espinal y el encéfalo, que él ya consideraba entónces como el centro de todas las manifestaciones nerviosas.

No estaba conforme con las teorías de algunos de sus cólegas en la ciencia médica, que admitían los *movimientos reflejos*, como simples convulsiones puramente espasmódicas, posteriores á la muerte del organismo, é independientes de la vida general.

Mas de una vez, cuando trabajaba sobre el cuerpo de una rana, al ver que esta se defen

dia del escalpelo, muchas horas despues de decapitada, solia esclamar:

—Ah! ah! Los movimientos reflejos! Que misterio impenetrable envuelve este secreto de la vida orgánica. Si la decapitacion produce la *muerte* instantánea ¿porque la rana decapitada conserva todavia movimientos conscientes? Por que se defiende de mi escalpelo? por que siente cuando la toco?... Dicen los sábios que son espasmos nerviosos. Luego hay en el organismo animal una doble vida. La vida de la circulacion, que se acaba cuando esta se interrumpe, por la hemorragia sanguínea que la decapitacion produce. La vida de los nervios, que continúa *despues de la muerte*, y que se traduce en estos espasmos nerviosos.

El Doctor Whüntz habia hecho estudios y esperimentos sobre todos los animales. Habia mantenido una langosta decapitada, haciéndola moverse durante tres dias. Habia encontrado, á favor de una lente poderosa, las que hoy se llaman células de pestañas vibrátiles, en el pulmon de una rana, diez horas despues de muerta. Habia arrancado el corazon de un gato, para impedir la circulacion de la sangre, y, sin embargo, habia conseguido que sus

miembros se ajitaran, al ponerlos en contacto con un pedazo de sucino frotado.

En aquella época aún no se tenían nociones de la electricidad; pero el doctor Whüntz ya se preocupaba de la atracción misteriosa que ejercía el sucino frotado, sobre ciertos cuerpos.

Como único resultado de sus investigaciones, había arribado á esta conclusión desesperante: —la ciencia ignora todavía cuál es el papel que los nervios desempeñan en los movimientos concientes. Los nervios, que no obedecen á la voluntad, son agentes de acciones independientes á lo que llamamos la conciencia.

—Un hombre loco, es irresponsable, decía el Doctor Whüntz, en sus exaltados monólogos. Su locura es la manifestación de una enfermedad que nosotros declaramos existente. Para comprobar que la enfermedad es efectiva, citamos su delirio. Lo que los hombres sensatos llamamos el sentido común, ha huido de su cerebro. Todo cuanto habla, es ageno á la razón..... Pero, en cambio, el loco no duerme!..... ¿Quién nos asegura que ese insomnio constante, que nosotros le atribuimos, no es un perpétuo sueño de su alma ó de su sistema nervioso? ¿No podría ser su delirio solo la fantasía del ensueño? Y si así no fuese,

decidme, vosotros sabios de la tierra, ¿qué diferencia hay entre el loco que delira, al parecer despierto, y vosotros, que creais las mas insensatas quimeras cuando soñais dormidos?

Estas cuestiones de los fenómenos del *alma* ó de los *nervios*, absorbían al Doctor Whüntz.

—Si tenemos una alma, se decia, ¿por qué huye de nosotros, cuando la buscamos, á pesar de que la llevamos encerrada dentro de nosotros mismos? Si no la tenemos ¿qué duda es esta que asalta á toda la humanidad, y que la obliga á buscar esa alma?

Y cuando, dando otro giro á sus estudios, y empeñándose en ser materialista, se detenía en frente de sus propios pensamientos, que le asustaban, se preguntaba asombrado:

—Pero, ¿si no existe una alma, por qué mis ideas no son las mismas de los demás hombres? La red de mis nervios, es igual á la de cualquier otro ser humano; mi sistema circulatorio y mi sistema nervioso, es idéntico al del resto de la humanidad; un solo molde ha servido para fundir á todos los hombres ¿por qué, pues, los nervios de Copérnico producen la revelacion de que el mundo es esférico, esféricos los planetas, y circulares sus movimientos; y los de Arquímedes descubren la palanca

y la fuerza motriz del vapor, en tanto que los de Neron no inventan sino el incendio de Roma y la profanacion de Agripina?

Cansado de buscar la solucion en los estudios que hacia sobre los *irracionales* de todas las especies, pensó que la ley ignorada que rige la diferencia sustancial entre el hombre y el bruto, podria darle la solucion á su problema terrible.

Y, desde entónces, el Doctor Whüntz se preocupó solo de estudiar al hombre; pero al hombre aislado, independiente de la familia y de la humanidad; al hombre como creacion primitiva, ó como resultado de transformaciones sucesivas.

Se propuso descubrir el secreto que preside á todas las acciones.

—Se habla mucho de la voluntad, decia, y, sin embargo, ella no existe sino relativamente. La teoria del libre albedrío es falsa. Es verdad que yo muevo mi brazo, que inclino ó levanto mi cabeza, y tengo la facultad de locomocion. Pero, basta que en una noche de orgia me esceda en la cena, y la indigestion se produzca, para que la fiebre me invada, mi razon se turbe, mis fuerzas se apaguen, y, *á pesar de mi voluntad*, no pueda materialmente mo-

verme. ¿Dónde está, pues, esa potencia de la voluntad, si un insignificante detalle, un leve tropiezo, detiene por completo su imperio? ¿Por qué la voluntad no impera sobre el estómago, sobre los intestinos, sobre el corazón, en fin? ¿Por qué no hace que el cerebro olvide, cuando el recuerdo es un pesar? . . . ¿Cuándo son mis actos fruto de la voluntad, y cuándo son fruto del fatalismo que me domina? . . .

Y el Doctor Whüntz, anonadado bajo el peso de sus propias reflexiones, pensaba de nuevo en los nervios, concluyendo por convencerse de que, los agentes exteriores que inflúan sobre ellos, producen todos los fenómenos fisiológicos que él se proponía explicar.

—Busquemos las evoluciones de la voluntad, en las manifestaciones de los actos humanos, se dijo un día. Estudiando á los criminales, podré apreciar el grado de voluntad que ha presidido sus movimientos. Entónces sabré lo que hay de fatal, *de nervioso*, en esos actos, y lo que hay de voluntario, de conciente. Sobre esa base edificaré mi templo á la ciencia.

El Doctor Whüntz viajó la Europa. Visitó todas las cárceles, haciéndose mostrar los mas famosos criminales. Examinó sus cráneos, procurando descubrir sus tendencias por las

depresiones ó protuberancias de la cabeza. Muy pronto se convenció de que, lo que entonces no se conocia con el nombre de *frenología*, y que él presentía como base de una ciencia nueva, no era una regla invariable. La masa encefálica, centro de los nervios, no respondia á las protuberancias ó depresiones de la capa exterior del cráneo.

Luego quiso estudiar en el cadáver de los criminales, y volvió á Flandes, su país nativo y amado.

Su alta reputacion le abrió todas las puertas. El gobierno ordenó que todos los cadáveres de ajusticiados fueran entregados al Doctor Whüntz. Desde ese día, el sábio profesor se encerró en su anfiteatro, confiando en no salir de allí, sino para entregar al mundo la solución del gran problema.





II



EL Dr. Whüntz era viudo. Habia hecho sus estudios en Alemania, y en esa vida ajitada del estudiante aleman, habia ligado su existencia á su único poema de amores.

Una noche salia de la clase. En la calle reñian. En medio del grupo, una mujer lloraba. El tiró su espada, y tomó parte en la pelea.

Al acercarse, reconoció á la hermosa Ruth, hermana de uno de sus discípulos mas amados.

Jamás la habia hablado. Joven y bella, llevaba impreso, en su semblante angelical, el sello de la muerte.

Era una de esas suaves naturalezas del Norte. Tenia la apariencia helada de las nieves del polo. Blanca, mas rubia que las espigas de los campos de Booz, con los ojos azules y vagos, como las últimas luces del crepúsculo.

Al verla, se diria que soñaba con el cielo, promesa de su fé cristiana.

En la lucha triunfaron. Cuando los audaces, que la detuvieron en la calle, se vieron en derrota, Ruth se volvió á Whüntz y le dijo:

—Jóven caballero, habeis protegido la pureza de una criatura desconocida para vos. Sois noble y sois bueno. Permitidme que os agradezca vuestra abnegacion.

La mano de la niña temblaba, al oprimir agradecida la del estudiante. Los ojos de Whüntz, investigadores como el espíritu de la ciencia, se perdieron en los abismos celestes de aquella mirada de vírgen.

Whüntz no quiso esponerla á nuevos temores. Pidió á su amigo el permiso de acompañarle á escoltar á la jóven, y, desde entonces, el misterioso vínculo del amor, ligó aquellas dos almas en la vida y en la muerte.

Los estudios retuvieron al jóven estudiante todavía algunos años en las aulas.

La familia de Ruth era judia, y la paciencia

no es una virtud en ese pueblo obstinado, que todavia espera al Mesias de la promesa divina.

Poco antes de cumplir treinta años, Whüntz era el feliz esposo de la tierna Ruth.—Un peligro les habia ligado. La blanca guirnalda de azahares que orlaba la frente de la hermana del estudiante aleman, no era menos casta que las espigas doradas, que sirvieron de corona nupcial, ante los siglos, á la bella biblica hebrea.

De aquellos purisimos amores, nació Margarita, la amiga de su padre. Al nacer, la niña arrebató al noble sábio, su compañera casi divina.

Ruth habia entregado á Whüntz, con su hija huérfana, una misión sublime.

Cuando á la niña falta en la cuna, con la dulce leche del seno, la abnegación sin límites de la madre, el padre tiene en la tierra una tarea verdaderamente cristiana: *Sinete p̄rvulos venire ad me.*

Felices los hombres que pueden reemplazar á la madre de sus hijos huérfanos!!

En la época en que hemos comenzado este relato, la casa de Whüntz, era un templo consagrado á la investigación científica. Jamás soledades mas encantadas dominaron el espíritu, y los génius sollozantes de aquel hogar

destruido, ocultaron su llanto por la muerte querida, para solo irradiar su luz amante sobre la frente de la tierna niña.

Margarita tenía quince años. Educada al lado de su padre, y por su padre, sus inclinaciones no tenían vinculos con la educacion femenina de su siglo.

El sábio profesor no reconocia una diferencia de inclinaciones y de propósitos en los dos sexos. Estaba persuadido de que la muger tenía mas esquisita sensibilidad nerviosa que el hombre; y su hija era para él, en este sentido, un motivo de estudio. En cuanto á lo demas, pensaba que, en el organismo físico y moral, la muger tenía los mismos elementos que el hombre para brillar en todos las situaciones de la vida, y en todas las manifestaciones de la inteligencia.

Cuando alguien se atrevia á tocarle este tema de conversacion, él solia exclamar:

--Eh! dejad que los teóricos discutan todavia. Yo tengo mis convicciones profundas. No hay mas virtud en Sócrates que en Lucrecia romana. Caton no es mas puro que Safronia. La libertad debe ménos á César que á Virginia. Y, si avanzais en los tiempos, Enríque

VIII vale ménos, como rey, que la actual Isabel de Inglaterra.

Con estas ideas, Whüntz educó á su hija como un ser útil á la sociedad, no solo como elemento de la familia, sino tambien como un apóstol de la ciencia que investiga y lucha, por arrancar sus secretos á lo desconocido.

En todos sus experimentos, Margarita fué su inteligente compañero. Ella sentia tambien la necesidad de profundizar la ciencia. Ella necesitaba descubrir que era aquello que dominaba su espíritu en la forma del pensamiento y de la idea. Necesitaba saber si habia algo mas arriba que el corazon; algo que no se multiplicaba ni se transformaba, como la materia, y que, superior á cuanto la razon domina, esencia de vida, intangible, incoloro, etéreo, se producía como la inspiracion de un ser supremo, infinito, é inmortal: DIOS!

Y seducida por las teorías sábias de su padre, dominó, al principio, y luego olvidó por completo, sus temores y sus espantos nerviosos, enfrente del cadáver, para preguntar al cráneo despedazado, y á la médula abierta en sus capas membranosas y profundas, ¿qué secretos ocultaban ambos, que así dominaban al organismo mortal?



III



EL Dr. Whüntz habia pasado diez años haciendo experimentos sobre el cuerpo de los criminales ejecutados.

Absorto por sus estudios, y dominado del sublime egoismo del sábio, no habia querido asociar á sus investigaciones ningun hombre de ciencia.

Tenia la sagrada intuicion del génio. Quería que la revelacion descendiera solo sobre su espíritu, y que, al sorprenderle, le encontrara dueño absoluto de sus secretos terribles.

Durante tan largo tiempo, el círculo de sus relaciones habia ido estrechándose. Llegó, por

fin, un día, en que solo lo componían su propia hija y la familia del verdugo de Flandes, su constante proveedor de cadáveres.

Para Whüntz estos seres también formaban parte del mundo! El desprecio con que la sociedad les perseguía, no había penetrado hasta el hogar del sábio.

El solo miraba en esas gentes, elementos útiles para sus trabajos profundos. Hans, el viejo verdugo, le averiguaba los antecedentes del ejecutado. Herman, su hijo, le ayudaba en las autopsias, y aún le presentaba nuevas ideas á sus eternas investigaciones.

Cuando Whüntz comenzó sus estudios sobre los cadáveres de los criminales, Margarita tenía solo cinco años. Herman, el hijo del ejecutor, tenía ya diez.

El niño era inteligente. La ley flamenga, que había establecido una familia maldita, en los descendientes de los verdugos, no tuvo el poder de destruir el talento en el cerebro de sus miembros.

Hans, que sufría con la idea de ver á su hijo único convertido en verdugo, como él, como su padre y como sus abuelos, pensó que aquella amistad forzosa del sábio, podría algún día ser útil al pobre niño.

Hans era muy rico. Los verdugos amasaban grandes fortunas con los despojos de los ajusticiados.

Pero la fortuna no basta para hacer la felicidad. ¿De qué os sirve el oro, si al dar la mano del verdugo una moneda, la imaginación vé en ella una mancha de sangre?

Hans, como sus genitores, había amontonado su tesoro. La costumbre, más que la ambición ó la avaricia, le había enriquecido. Pero Hans vivía en un siglo positivista. Los rumores del mundo exterior llegaron hasta las desiertas soledades del hogar del verdugo. Supo que las conciencias se vendían, que las cruces ya no representaban el patíbulo del sacrificio divino, sino que servían para condecorar la maldad hipócrita; comprendió que *el oro* era el fausto y el poder de los tronos, y en las sublimes ternuras de su amor de padre, pensó que era posible comprar con dinero, la absolución del castigo que pesaba sobre el nombre y sobre la raza de su hijo.

La sociedad que destierra de su seno al verdugo, no conoce ni comprende su obra.

Ha tenido la crueldad de crear en un hombre una máquina de hacer justicia; y no ha

pensado siquiera que las multitudes desprecian mas al ejecutor que á la víctima.

Ha querido aislarle, por medio del desprecio, y no ha comprendido que encendia en el alma del verdugo, la pira de sentimientos que se apagan en el bullicio del pueblo.

Reducido á las encerradas paredes de su hogar; alejado de cuanto vive y palpita en el mundo exterior; obligado á la soledad y al aislamiento en medio del tumulto que le circunda; sin amigos, sin amparo, sin ódios ni rencores siquiera, toda su existencia tiene que concentrarse y repartirse entre los objetos y los séres que le rodean.

Los encantos del placer y de la belleza; el paisaje de la luz y de los colores; las emociones del alma primitiva,—el amor, el dolor, el arrepentimiento mismo,—todo está encerrado para él dentro de las insalvables paredes de aquel hogar perseguido.

Pero Hans habia reaccionado. La raza maldita buscaba su redencion, y el pobre descendiente de los verdugos de Flandes, pedia á la civilizacion de su siglo que absolviese, en la cabeza de su hijo, toda la tradicion de sus genitores.

—Yo no he cometido crimen alguno, decia.

No aborrezco á la sociedad, que me desprecia, solo porque soy el ejecutor de sus sentencias; por el contrario, aun le tengo compasion por sus propios errores para conmigo. Los tesoros de amor que he descubierto dentro de mi alma, los ha rechazado; y obligado á amar por una ley divina, toda mi ternura la he depositado en mi hijo. Su infeliz madre me lo entregó al morir, encargándome que velase por su porvenir! Una sentencia le destina á ser verdugo, como su padre. Yo necesito vencer la fuerza de esa sentencia. Todos mis tesoros los daria por conseguirlo. Y si al fin mi amor de padre triunfa, mi vida de ignominia quedaria borrada, por solo una lágrima de mi hijo purificado.

Cosa singular! El verdugo despreciado amaba á su hijo, con ternuras que nunca sintieron los corazones de los reyes.

Y la sociedad huia el contacto del hijo del verdugo y aclamaba el paso del príncipe heredero!

Un dia, algun tiempo despues que el doctor Whüntz se ocupaba de sus investigaciones, Hans llegó á casa del sábio.

Era la hora del crepúsculo en un dia de otoño. Las luces confundidas se reflejaban en

aquel espíritu, preparado á todas las grandes manifestaciones nerviosas.

Como el arpa eólica vibra siempre armónica al mas leve roce de la brisa, el alma de Hans sentia vibrar sus sentimientos á la mas suave emocion.

La luz, la sombra, la palabra, la música, todo se reflejaba en su espíritu atribulado.

Aquel crepúsculo tranquilo, en que los últimos arreboles del sol poniente se mezclaban con las trémulas irradiaciones de la primera estrella; la armonía lejana de los ruidos informes del dia que pasa y de la noche que llega; la ciudad que comenzaba á encender sus mil luces, y las sombras de la campaña que él cruzaba envuelta en tinieblas,—todo, todo, tenia una repercucion misteriosa en aquella alma selecta.

Y luego, pensaba en el abrigo casto que la familia presta al esposo amado; en el lujo del sarao; en el bullicio del festin; el teatro, el paseo, las manifestaciones multiplicadas de la sociedad que se estremece á las palpitaciones de la alegría sin remordimientos.

Y el anciano verdugo lloraba, recordando que él no habia saboreado esos goces, y se es-

tremecía de terror al pensar que su hijo nunca podría arrebatarlos!

Cuando llegó á casa del doctor Whüntz, el sábio paseaba en sus jardines, llevando á su bella niña del brazo.

Gozaba del espléndido espectáculo de la naturaleza que comenzaba á dormirse, y entretejía sus primeros ensueños de fantasías con sus últimas sonrisas de realidades vivas. Los ángeles invisibles, que tienen por mision pintar las flores de la noche, arreglaban recien sus paletas, en tanto que los jazmines y las rosas, preparaban sus corolas entreabiertas, para recibir el presente de colores y de perfumes que Dios les envia.

El Doctor Whüntz recibió á Hans con cariñosa afeccion. El sábio comprendia que aquel hombre era inocente de las ejecuciones sangrientas que formaban su mision en la tierra.

—Maestro, le dijo al recibirle, habeis averiguado algo?

—Sí, Doctor. El reo que debe ser ajusticiado mañana, es un sueco. Su crimen es odioso y vulgar. El robo ha sido su móvil. Mañana os traerán su cadáver, y mi hijo os dará todos los antecedentes que hemos recojido á su respecto.

—Sabeis, maestro Hans, que vuestro hijo es muy inteligente. Si le vierais en el anfiteatro cuando hacemos una autopsia!

—Señor, es precisamente de él de quien quiero hablaros.

Hans lloró. Hablaba con Whüntz lleno de sublime indignacion contra la sociedad; manifestaba sus nobles ambiciones para Herman; y ofreciéndole toda su fortuna, pidió al doctor que se encargase de la educacion del niño, á fin de poderle sustraer á la ley odiosa que le habia condenado desde ántes de nacer.

El sábio profesor se conmovió profundamente. Su alma nobilísima comprendió aquella aspiración suprema; y, estrechando con efusion la mano de Hans, le dijo:

—Amigo mio, yo no quiero vuestra fortuna; pero yo tengo tambien una hija única, para la que deseo destinos inmortales. Yo os juro sobre su cabeza de ángel, que haré de vuestro hijo un sábio tan grande, que Flandes tenga vergüenza de llamarle para que le sirva en el oficio de verdugo.

Desde ese dia Herman fué mirado como el discípulo amado del Dr. Whüntz. Se instaló en su casa, vivió con él en familia, y fué perdiendo la memoria de los instrumentos y las

máquinas de tormento y de muerte, á fuerza de estudiar en los cráneos y los esqueletos que formaban la coleccion del erudito maestro.



IV



L Dr. Whüntz cumplió su promesa en los límites de lo posible. Herman fué médico; tal vez un médico distinguido, especialista en afecciones nerviosas.

Sin embargo no llegó nunca á ser un sábio, capaz de eclipsar con su nombre la gloria del profesor.

Durante los largos años de sus estudios, Hans habia ocultado cuidadosamente los propósitos que alimentaba respecto del porvenir de su hijo.

Quando alguna vez, la autoridad, que creia tener derechos sobre el niño, preguntó por él,

Hans habia contestado que, estando delicado de salud, le habia enviado á Amsterdam, donde vivia la familia de la madre, que era la del verdugo del pueblo.

Una noche se ejecutaron en Flandes dos criminales. Uno, jóven, lleno de pasiones y de promesas para la vida. El otro anciano, decrepito, casi exausto de elementos de existencia.

Habian cometido un delito odioso. El proceso los presentaba como contumaces y reincidentes.

En momentos en que aparecieron ante la multitud, ávidamente apiñada en la plaza, el mas jóven se arrodilló, y, en voz alta, sonora y llena de fortaleza, exclamó:

—Pueblo que me escuchais, soy creyente. He cometido grandes crímenes, pero la bondad infinita ha descendido sobre mi alma. Estoy de todo arrepentido; y mi arrepentimiento es tanto mas sincero cuanto que lo hago público, y sin esperanzas de prolongar mi vida en este valle de lágrimas. Vosotros, los que os sentís arrastrados por la pasion, tomad ejemplo de mi muerte, y, en vuestras oraciones, rogad por mí!

El otro, el anciano, fué insensato y terrible

hasta muriendo. Su cuerpo se agitaba en horribles convulsiones, y las imprecaciones mas soeces contra el cielo y la tierra brotaban de sus lábios.

Resistió cuanto ofrecimiento piadoso se le hizo, y cuando el verdugo tuvo que cumplir su terrible mision, fué menester que sus ayudantes le sujetasen por la fuerza.

En cambio, el jóven, se sometia sumiso á cuanto se le decia. La resignacion y el arrepentimiento dominaban su espíritu, y en todos sus actos mostraba que el remordimiento, imponiéndose como señor de una actualidad terrible, le daba á la vez la conciencia de sí mismo y de la situacion.

Al día siguiente ambos cadáveres estaban sobre la mesa del anfiteatro del Dr. Whüntz.

El y Herman los despedazaban, con esa sacrílega avidez que producen las investigaciones científicas.

Oh! el Doctor y su discípulo se empeñaban en descifrar un misterio imposible, y no se apercibian siquiera del misterio que sus propios actos producian.

Los seres humanos, durante la existencia, se tratan, se estiman, se comunican y hasta se maltratan los unos con los otros.

Cuando la muerte apaga la vida, la materia inerte inspira al espíritu cierta reacción inesplicable.

El cadáver adquiere prerogativas que no tuvo el hombre vivo. Al cruzar delante del féretro que guarda á un hombre, la humanidad se descubre, la mujer se postra, y la plegaria ó la lágrima se rinden como un tributo al muerto desconocido.

¿Qué fuerza misteriosa es esta, que así domina á la vida al colocarla en frente de la muerte?

¿Por qué el espíritu del hombre, cualquiera que sea su creencia, cualquiera que sea su origen, se encuentra siempre inclinado á la piedad delante de un cadáver?

Solo la ciencia es profana, pero su profanación misma es relativa.

Abre el cráneo para buscar en los senos del cerebro las huellas de un pensamiento, ó las lesiones dejadas por la acción de un mal; pero cuando su curiosidad científica está satisfecha, ó cuando la duda ha amontonado aún más sombras sobre su alma, el sábio mismo recoge los miembros mutilados que sirvieron para su estudio, y les consagra un pedazo de

tierra bendecida para que reposen ó se transformen eternamente.....

Esa reaccion del espiritu, levanta la creencia cristiana, é infunde aliento para caminar en la ruta sin faros de la inmortalidad anhelada ó presentida!.....

El doctor Whüntz ya no queria examínar por si mas cerebros. Dejaba á Herman esa tarea, que él consideraba peligrosa.

En sus largos años de observacion y de estudio, habia creido un dia sorprender el origen de las ideas. El no conocia la existencia de los cientos de millones de células nerviosas que habitan los hemisferios corticales; pero sospechaba que las ideas nacia de la irritación de la sustancia gris, que producía el fenómeno de la *reflección* por el reflejo de una parte del cerebro sobre otra.

Preocupado al extremo de querer atribuirlo todo á la materia, creía que la idea era solo el resultado de un movimiento orgánico del encefalo; movimiento que podia acelerar ó detener por medio del alcohol, del ópio ó de la belladona, segun las proporciones en que se administrara.

Habia llegado hasta adquirir la certeza de la verdad de su doctrina, esperiméntandola en

muchos seres humanos; pero, un día que se encontraba en su anfiteatro examinando un cráneo abierto, se horrorizó de su propia doctrina y renegó de ella.

—Yo he creído,—decía anonadado por el desencanto,—que la idea era solo una función orgánica del cerebro, debida á la irritación de las capas superficiales; de los hemisferios. La conciencia, el espíritu, no desempeñaban papel alguno en aquel gran proceso del pensamiento. Se piensa y se forman ideas sin el concurso de la voluntad, me había dicho. Pero hoy me encuentro detenido ante mis propias observaciones. Si es verdad que basta producir la irritación de los centros nerviosos del cerebro, para que la idea se *forme*, sin el concurso de la conciencia, este cráneo, separado del cuerpo á que ha pertenecido, podría pensar. Por medio de las inyecciones sanguíneas, yo he conseguido las funciones musculares de los órganos de la cara en la cabeza de un decapitado; por medio de irritaciones proporcionadas de la sustancia gris del cerebro, yo debería conseguir también que el muerto tuviese ideas, como una manifestación puramente orgánica de la materia irritada.

El Doctor Whüntz había tratado de hacer

práctica la observacion; pero los *muertos* no se prestaban como los *vivos* á satisfacer sus vehementes anhelos científicos.

Unas veces creia que el cráneo del cadáver *pensaba*, pero que no podia manifestar la idea.

—Si es mecánica, material, la formacion del pensamiento, ¿por qué no ha de hacerse la evolucion que produce la idea en el encéfalo de un muerto, que conserva todavia, sin descomponerse, sus elementos orgánicos constitutivos?

Pero luego se detenia de nuevo pensando que su doctrina lo llevaba al absurdo de hacer que los muertos tuvieran ideas; y concluia por abismarse ante el fenómeno de la memoria, asombrándose de no encontrar en la masa encefálica ni un archivo donde se hubiesen conservado los recuerdos, ni una huella dejada allí por las ideas que lo habian calentado durante la vida general.

Desde ese dia, no quiso ya estudiar las evoluciones que producen el pensamiento humano, y se dedicó á encontrar las que producen la emocion.

En esa tarea estaban la noche que recordamos.

--Y bien, Herman? preguntó el doctor

Whüntz, viendo que su discípulo, había levantado la calota del cráneo del mas jóven de los crimiinales.

Herman permaneció un momento contemplando la masa encefálica; luego se acercó al cráneo, abierto tambien, del otro ajusticiado, y tomando una cabeza en cada mano, se las mostró al profesor diciéndole:

—Mirad, doctor . . . Son iguales. El mismo aspecto presentan las meníngeas; las mismas inyecciones sanguíneas en las pequeñas arterias y arteriolas; los mismos caractéres. . . .

—Abrid! abrid uno de los lóbulos, dijo el Dr. Whüntz interrumpiéndole. Véamos la sustancia gris, y si allí no encontramos nada, vamos á examinar la médula espinal.

Aquellos dos hombres parecian enfurecidos en su porfiada lucha con el misterio. Como chacales hambrientos, como carniceros en el matadero despedazaron ambos cuerpos. Uno abria la caja torácica del anciano, mientras el otro disecaba la espina dorsal para procurar llegar á la médula.

Y el misterio burlaba siempre su anhelo. Un momento creian que el triunfo pertenecia á la ciencia, porque descubrian alguna mancha, algun pequeño tumor oculto en las víseras, algo

anormal, en fin; pero muy luego la ciencia misma desvanecía la ilusion del miraje, explicando la causa de aquel fenómeno que ellos habian creido poder atribuir á la emocion, ó á otra funcion de los nervios, y que solo era el resultado de una causa orgánica, anterior ó posterior á la muerte.

La derrota no les humillaba. Llegó la noche y ellos todavia estaban ensañados sobre aquellos restos de cadáveres humanos.

Las sombras comenzaron á invadir el anfiteatro, y fué menester encender luces.

Qué importaba á los sábios la oscuridad de la noche? No tenian acaso ellos, dentro de la mente, una luz mas viva, mas intensa, mas duradera que la que iba á alumbrarles?

La esperanza les alimentaba, y las irradiaciones que ella derramaba en derredor de Whüntz y Herman, disipaban todas las sombras de la naturaleza.

Ah! la sombra horrible, la negra noche de la duda científica! esa, no alcanzaban á desterrarla las bujias.

Toda su horrorosa tarea fué inútil. Los muertos se negaron á dar á los vivos la luz que buscaban para alumbrar sus conciencias.

Cuando, rendido por el desaliento y la fati-

ga, el doctor Whüntz se arrojó sobre un sillón, su tierna hija se acercó á él, temblando de emoción.

—Y bien, padre? le dijo.

—Ah! nada.... Habia esperado durante diez años un dia como este. Quería dos condenados, ejecutados el mismo dia. Quería dos hombres de distintas edades. Quería que muriesen el uno resignado y el otro presa de una violenta escitacion.—Y bien! La Providencia me ha hecho sufrir pacientemente durante tan largo tiempo, y el dia en que me presenta el espectáculo anhelado, es para mostrarme con mayor elocuencia la ignorancia en que vivo.

Herman se ocupaba en reunir aquellos restos mutilados, confundiendo en un mismo grupo despojos de ambos cuerpos. No hablaba; pero su entrecejo habia formado esa arruga peculiar del hombre que medita.

El doctor Whüntz parecia que esperase que su discípulo hablaba espontáneamente. Herman temia turbar las reflexiones del sábio, si se atrevia á enunciar sus propios pensamientos.

—Uno era jóven, casi un niño. Otro era un viejo, casi un cadáver. Uno muere lleno de enojo. El otro humilde. Y, sin embargo, no

hemos hallado, en sus cuerpos, huella alguna que precise la diferencia de la emociion del uno y del otro. En el cadáver se señalan ambas con los mismos signos. Es mentira. Los nervios no reflejan la emociion.

—Doctor, perdonadme, se atrevió á decir Herman. Si no hemos encontrado diferencia alguna en las alteraciones del sistema nervioso de uno y de otro, quizá es porque ambos han sentido emociiones análogas ántes de morir, igualmente intensas, pero que solo se han manifestado diferentes en su forma exterior.

—No os entiendo, Herman. Ved la espresion del rostro de este viejo. Conserva todavia su actitud irritada, impávida, atrevida, y la contraccion muscular de su fisonomia, basta para mostrarnos la última actitud de su espíritu. En tanto mirad la cara de este jóven. Hay casi la contraccion de una sonrisa llena de esperanzas en su semblante apacible. Vamos á buscar en los centros nerviosos las causas, las huellas de una y otra situacion moral, y, á pesar de su contradiccion perfecta, hallamos que uno y otro encéfalo conservan las mismas señales anteriores y posteriores á la muerte.

—Pero, Doctor, podríamos atribuir las á una causa perfectamente aceptable. La emociion

que produjo en uno el descreimiento y la ira, ha sido tan intensa como la que produjo en el otro el arrepentimiento, y como los nervios han sido el vehículo de ambas emociones, es natural que la huella dejada en ellos sea igual. Los nervios obran como elementos puramente pasivos, sin darse cuenta del resultado de sus manifestaciones. Pienso que el anciano y el joven han sentido con vehemencia, el uno su ira, el otro su arrepentimiento, é hiriendo ambos con igual intensidad su sistema nervioso, las huellas dejadas por ambas emociones tienen que ser idénticas. La falta de remordimientos del anciano, es solo un exceso de tristeza y de desesperanza, que se traducen en ira y ferocidad. El arrepentimiento del joven, es un triunfo de íntima ternura sobre el alma culpable, aun no desesperada, y que se traduce en lágrimas y mansedumbre. Pero ambos han sentido con igual vehemencia, y sus cadáveres no pueden decir otra cosa que lo que nos han dicho: una escitacion nerviosa ha precedido á la muerte.

Los dos médicos siguieron por largas horas sus investigaciones científicas, confundiendo con frecuencia la vieja creencia psicológica con la naciente fisiología. El sombrío misterio

les envolvía cada vez con mayores nubes, á medida que mas luz anhelaban encontrar.

Por fin la fatiga les rindió, y cada uno se retiró á su alojamiento, llevando en sí mismo un centenar de problemas, que se habian propues-
o resolver á solas y en secreto.





V



ALGUNOS meses mas tarde, una nueva ejecucion debia tener lugar. El Dr. Whüntz paseaba sombrío sus habitaciones, esperando que llegase la carreta que debia traerle el cadáver.

Herman y Margarita estaban con él, cambiando de cuando en cuando una mirada, una sonrisa, una palabra.

La hermosa rubia habia perdido un poco su amor á la ciencia investigadora de su padre, y parecia preocupada de su propia situacion moral.

Habia cumplido quince años. La mas pálida de las bellezas del Norte, competiria mal con su fresca hermosura.

Encerrada en la casa de su padre, rodeada de esqueletos, no tenia mas nociones del mundo femenino que las que sus propias inclinaciones de mujer le daban.

Todo lo que era delicado y tierno comenzaba á herirla de una manera singular. La presencia de los cadáveres, que nunca la asustó cuando era niña, la impresionaba ahora hasta hacerla brotar lágrimas.

—Son los nervios! decia ella, cada vez que una emocion semejante la sorprendia; y pensaba que con esa exclamacion, digna del espíritu preocupado de su padre, explicaba la situacion de su propia alma.

Herman tenia ya mas de veinte años. El niño que fué su compañero de infancia y de hogar, se habia hecho un hombre en tanto que ella se sentia mujer.

Los cándidos juegos de la niñez se habian trocado ahora por los sérios ensayos de la ciencia; pero cuando Margarita miraba ó sonreia á Herman, ella se sonrojaba, sus ojos se humedecian con una lágrima que no salia de la pupila, y los latidos de su corazon se hacian mas violentos.

A veces, cuando la casualidad les dejaba solos, el uno frente al otro, ella sentia temores

desconocidos de cosas ignoradas, y él comprendía que hay inclinaciones que cuesta mucho sacrificio vencer.

Se amaban? No se lo habian dicho nunca, y quizá jamás se detuvieron ellos mismos á pensarlo; pero la verdad era que, Margarita nunca sintió que sus instintos de mujer la llamasen á buscar emociones fuera de la casa de su padre, ni Herman encontró jamás triste ni solitaria su prision al lado del sábio.

La noche en que el doctor Whüntz, mas preocupado que otras veces, esperaba el nuevo ajusticiado, que iba á servir de pretesto á sus estudios, los jóvenes parecian contagiados por las meditaciones del gran médico.

Ella labraba esos ricos encajes que han dado nombre á los tejidos de Flandes. El leia ó finjia leer.

—Creeis que seremos mas felices esta noche, Herman? preguntó el doctor Whüntz, despues de muchos paseos.

—Señor, no lo creo, contestó Herman, poniéndose de pié, y yendo junto á su maestro.

—Teneis poca fé, amigo mio. La ciencia ha de revelarnos el secreto de este fluido que gobierna los nervios.

—Esa es mi duda, doctor. Nos empeñamos

en encontrarlo en el cadáver, y no nos apercebimos, que los muertos no pueden ofrecernos las manifestaciones de ese *fluido*, como vos lo llamais.

—No soy yo. Es Paracelso; son los grandes sabios.

—Si, señor, lo sé; pero me parece imposible que encontremos sus huellas en el cadáver.

—Imposible! Por qué?

—Porque los cadáveres no sienten, y el fluido magnético es el resultado de la sensacion. Buscad en la atmósfera la huella de la armonia que ha herido las ondas del aire. Ha vibrado sobre ellas; les ha dado una nueva vida, vaga, intangible, invisible, y luego se ha perdido al alejarse en las corrientes etéreas. Buscad en los ojos del muerto la espresion de la mirada que dijo un dia, un *Yo te amo*, á la mujer querida; buscad, en fin, en el rostro pálido del cadáver de una virgen, ese rubor purísimo que encendió su rostro, como respuesta á la súplica del amante. Nada de eso encontrareis en los muertos. Y, sin embargo, Doctor, las emociones del sonido, como las del amor, como las del perfume, son fenómenos de los nervios; pero esos fenómenos se producen solo durante la vida, sin dejar huella alguna

en la muerte. Creo que perdéis vuestro tiempo procurando interrogar á los cadáveres. Los muertos guardan bien sus secretos.

—Oh! mejor que los vivos! contestó el Dr. Whüntz, dando a su rostro una espresion que Herman nunca habia visto.

Miéntras el hijo del verdugo hablaba, el sábio habia fijado alternativamente sus ojos en su hija y en Herman. Cuando este habló de la mirada que decia *yo te amo*, el Dr. Whüntz creyó verla en los ojos del jóven; y al buscar el efecto que habia producido en Margarita, creyó descubrir en ella el rubor vago y purísimo de una respuesta amorosa.

Por primera vez, en tan largo tiempo, el padre dominaba al hombre de estudio. Iba á decir algo, que por la espresion solemne de su semblante, debia ser muy grave, cuando un ruido exterior llamó su atencion.

El viejo Hans entró en la sala, lleno de agitacion y de horror.

A su aspecto un triple exclamacion partió del alma de Herman, de Margarita y de Whüntz.

Hans vestia el traje peculiar de los verdugos, en un dia de ejecucion; y á pesar de su color rojo, algunas manchas negruzcas salpicadas

en él, revelaban que la sangre le habia teñido.

El doctor y su hija nunca le habian visto en traje semejante. Herman ya habia olvidado aquel oprobioso uniforme de su padre.

Un momento de ansiedad terrible dominó á todos los personajes de aquella escena muda. Algo sombrío y grave debia haber precipitado al viejo Hans á producirla.

Fué él quien rompió el silencio.

—Ah! Doctor, salvad á mi hijo! gritó el pobre anciano, y se arrojó llorando á los piés del Dr. Whüntz.

El sabio se habia acostumbrado á olvidar que aquel hombre era el verdugo de Flandes. Nunca le habia tratado como á tal, y su leal amistad, ofrecida sin interés, solo miró en él al pádre de su noble discípulo. La presencia de Hans en aquel traje le recordaba toda la verdad de la horrible situacion en que todos ellos se hallaban colocados.

Acababa de sospechar que Margarita y Herman se amaban. Quizá sonrió á la idea de unir aquellos dos séres, entre los cuales habia repartido su ternura. Talvez su egoismo de sabio, le mostró como propicia aquella union, que conservaba á su lado sus dos únicos ayudantes.

Pero Hans turbó su razon con su aparicion inesperada y violenta.

¿Cómo pensar ya en Herman para esposo de su hija?

¡Era el hijo del verdugo, y la ley le destinaba al oficio de su padre!

Mil fantasmas cruzaron por su mente. Su cabeza estallaba bajo el peso de tanta emocion y de tanto sufrimiento, y aquel hombre, que habia pasado su existencia, atribuyendo todo á la sola influencia de los nérvios, por primera vez en su vida los olvidó, para esclamar:

—Oh! el imperio de las preocupaciones sociales!

El doctor Whüntz habia adivinado la terrible noticia que Hans venia á comunicarles. Su alma la presentia y la esperaba

En tanto, que Margarita y Herman pugaban porque el verdugo hablase, el doctor le hacia señas para que callara. Luego le ayudó á alzarse del suelo, y le dijo tranquilamente:

—Maestro Hans, sentaos y reposad vuestra emocion. Vosotros, hijos míos, dejadnos solos. Cuando seais necesarios os llamaremos.

Los jóvenes se alejaron, no sin haber ántes

luchado tenazmente por asistir á aquella terrible conferencia.

El doctor cerró la puerta. Volvió luego al lado del verdugo, y procurando dominar la emoci6n de su voz, le dijo:

—Hablad, Hans, amigo mio!

El anciano narró ent6nces los acontecimientos recientes que le condujeron á casa del médico en aquel traje.

Al cumplir su terrible mision, el hacha no habia separado la cabeza del tronco del condenado á muerte. Entre las horribles convulsiones de una agonia lenta, habia saltado a medio del cadalso. Los ayudantes del verdugo pudieron contenerle. La muchedumbre se habia exaltado, y pedia á gritos la muerte de Hans, á quien llamaban «martirizador de hombres.» La autoridad habia intervenido. El verdugo escapado de las manos del populacho, habia sido requerido para que presentase á su hijo, á quien correspondia el puesto por la ley flamenca.

—Mi hijo no está en Flandes, habia contestado.

—Si, sí, está en casa del doctor Whüntz, gritaron los ayudantes mismos del verdugo,

indignados de servir á un anciano *que ya no serva para el oficio.*

Cuando Hans contaba todo esto, se apresuraba anhelante por abreviar la narracion, como si temiera que le faltara el tiempo para terminarla.

—Ah! salvadle, doctor! salvadle, decia luego llorando. Van á venir á buscarle. Saben que está aquí, y os le arrancarán de las manos. Tomad mi oro, doctor! pero impedid que Herman se degrade. Oh! pensad que esto es horrible! Habeis hecho de él un sábio, un hombre útil á sus semejantes, y quieren quitároslo para hacerle el destructor de sus hermanos.

El doctor Whüntz estaba sombrío y mudo. Apenas tenia voluntad y fuerza para defender sus manos, que Hans empapaba con sus lágrimas, al besarlas lleno de emocion y de ternura.

—Ah! doctor! si supierais! Cuando yo le veia huérfano en la cuna, y sonreia dormido soñando con los ángeles, confiaba en que con oro le haria huir, huir léjos, muy léjos de Flandes. Despues, cuando vos le recibisteis en vuestra casa, tuve fé en vuestra influencia. Hé

ocultado al mundo que es un sábio, por temor de que la emulacion le persiguiera. Nadie crée que es vuestro compañero de estudios, y apenas si piensan que es vuestro siervo. . . . Es verdad que la infamia trascendental pesa sobre su raza, pero vos le habeis emancipado! Salvadle, por Dios salvadle!

El doctor Whüntz no hablaba. Meditaba. En sus ojos brillaba una luz sublime y siniestra á la vez. Movia lentamente la cabeza, fijaba su mirada en Hans, y luego la dirigia, con persistencia, á un pequeño armario, lleno de frascos rotulados.

Por fin, se levantó lentamente, y dirigiéndose á aquel armario, buscó entre aquellos frascos uno pequeñísimo.

—Decis que nadie sabia que Herman estaba en mi casa como médico? preguntó.

—Nádie, absolutamente nadie, doctor.

—Y bien, entónces, procuremos ayudarle. Que la ciencia sirva siquiera para salvar á su apóstol. Volved á vuestra casa, maestro Hans. Decid que vengán á buscar á vuestro hijo, pues que se ha negado á ir voluntariamente.

—Pero no lo entregareis. . . .

—Oh! dejad obrar á Dios y . . . á la ciencia. No podrán llevarle. Yo os respondo.

Hans quiso ver á su hijo antes de marchar, pero el Doctor Whüntz, se opuso. Necesitaba ganar tiempo.





VI

Hijos míos,—decía el Dr. Whüntz, pocos momentos después, á Margarita y Herman, á quienes se había remitido en una de las habitaciones interiores de la casa; hijos míos! necesito consultaros sobre un asunto muy grave y que os interesa.

—Señor! exclamó Herman, procurando leer el pensamiento del sábio profesor.

—Hablad, padre! Estoy anhelante! Qué peligro corre Herman? Por qué os decía el *señor* Hans que le salváseis?

—Peligro?... Oh! nó; no es un peligro lo que corre, es algo peor.

—Peor?

—Qué?

—Oh! sí, algo mucho peor que un peligro amenaza á nuestro pobre amigo, hija mia.

—Por favor, decidme lo que sucede, Doctor. Me habeis impedido que vea á mi padre; decid que estoy amenazado, y, perdonad si por primera vez en tan largo tiempo, os recuerdo que ya no soy un niño, y tengo el derecho de saber lo que me interesa.

El Doctor Whüntz miró satisfecho á Herman. Parece que hubiera querido provocar aquella esplosion de individualismo.

Margarita, con el alma impresa en una mirada llena de temores y de esperanzas, vagaba sus ojos anhelantes del rostro de su padre al de Herman.

El hijo del verdugo fijaba los suyos en actitud interrogante en los del sábio.

—Y bien! tienes razon, jóven, dijo, por fin, Whüntz, tuteando por primera vez á su discípulo. El dia en que tú reclamas tus derechos de hombre, es el mismo en que yo empiezo para contigo mis derechos de padre. Hace diez años estás á mi lado. Te he formado. Has crecido bajo mis álas, como el polluelo extraviado ó huérfano, que la borrasca lleva al nido

de la torcaz amante. Tengo, por lo ménos, el derecho de pedirte que seas digno de mi ejemplo.

—Y lo dudais, señor?

—Calla y escucha. Hay algo fuera de la ciencia médica. Hay otro mundo mas allá de los umbrales de mi puerta; mundo que yo habia olvidado, absorbido por mis estudios, y que vosotros ignorais encerrados en esta casa. Hemos vivido tranquilos hasta ahora, confiados en las promesas que los descubrimientos anhelados nos hacian. Hoy la tempestad sopla sobre nuestras cabezas, y viento de muerte nos amenaza.

—Qué decis, padre?

—Ese mundo que tu ignoras, Herman, te reclama el pago de una deuda que tú no contrataste. Es la herencia que te legaron tus mayores, que hoy quiere cerrarte las puertas del porvenir. Es la infamia trascendental que te alcanza.....

—Padre, gritó Margarita.

—Doctor! contened el lábio. Vais á ofenderme, y no os he dado motivo. Conoceis mi vida desde niño, y sabeis.....

—No te acuso, Herman, ni te condeno. Quiero por el contrario, salvarte. Una senten-

cia inicua te hace esclavo. Interpretando mal los libros de la ley mosaica, creen que es posible que los crímenes de los padres lleguen hasta los hijos de la cuarta y quinta generacion. Uno de tus mayores cometió un delito. La pena puso en su mano el hacha del verdugo, y la ley hizo que esa herencia de infamia fuese trasmitiéndose de padres á hijos hasta llegar á tí. Hoy te reclama la sociedad tu tributo de infamia, para purgar el crimen ya olvidado de tus mayores.

—A mí? Yo verdugo? ¿Qué decis.....

—Que tu padre está viejo. Hoy ha fallado el golpe de su hacha. El populacho se ha indignado, y la autoridad quiere jubilarle, llamándote á tí a ocupar su puesto.

—Pues yo no iré. Jamás las muchedumbres me verán sobre el cadalso....Doctor, estoy resuelto. Habeis dicho que hay otro mundo fuera de vuestra casa, que yo no conozco y que me reclama. Yo no debo nada á ese mundo. Si vienen á buscarme aquí, llevarán mi cadáver para saciar las bárbaras aclamaciones de los espectadores de drama del patíbulo. Yo no iré.

—A pesar de todo?

—A pesar de todo, Doctor. Antes prefiero morir.

—Morir? . . . nó; morir, nó! gritó Margarita, arrojándose al cuello de Herman, y doblando su cabeza llorosa sobre el pecho afligido del jóven.

La niña «no sabia mas que amar». Habia crecido huérfana de madre y de emociones, encerrada en el hogar del sábio. Su corazon solo habia cultivado el cariño purísimo, que la ternura de su padre le inspiraba, y el amor ideal que Herman sembró en su alma sin saberlo.

El pudor es un sentimiento innato. Sus manifestaciones exteriores son solo una convencion social.

Habia mas pureza y mas candor en aquel abrazo de Margarita, que en esas mentidas defensas, que el salon y la sociedad imponen al sentimiento femenino.

Las corrientes volcánicas que cruzan la tierra, permanecen largo tiempo latentes. Un dia estallan y la erupcion es terrible. No hay fuerza capaz de detenerlas. Todo lo avasallan y lo destruyen, pero en medio del estrago horrendo, brilla en lo alto de la montaña encendida, la llama voraz de aquel fuego espontáneo.

Así fué la pasion de Margarita por Herman. Se encendió al calor de la intimidad y el ais-

lamiento á que el destino les obligó. Creció con los años, alimentada por la ternura que el jóven le tributaba. Se aumentó cuando la naturaleza la llamó al amor supremo, que multiplica las fuerzas del sentimiento con el desarrollo de la vida, é hizo esplosion el dia en que el temor de perder á Herman se opuso á su corriente plácida y tranquila.

Nunca se dijeron que se amaban. Se sintieron amados, y cultivaron su cariño inocente convencidos de que él no era un misterio.

Almas primitivas, alejadas del mundo corrompido, tenian toda la casta pureza de la sabiduria. Obedecian á una ley divina. Amaron, como las plantas brotan, porque habia llegado el momento de sentir amores. No lo dijeron al doctor Whüntz ni se lo comunicaron entre ellos, porque no pensaron que ello era necesario.

¿No nacia en silencio las flores de su jardin, y solo se hacian sentir por su perfume y la luz de sus colores?

Ni era tampoco menester haberlo dicho. Aquel movimiento de ternura de Margarita no sorprendió ni al sábio ni á Herman.

Uno, lleno de experiencia y de filosofia atribuyó aquel movimiento á un espasmo nervio-

so. Era la emoción que ponía en juego los nervios escitados de la mujer amante. El peligro que amenazaba al amado la servía de choque magnético.

El otro, con menos experiencia, era más cándido. Se sabía amado: amaba... hé ahí todo.

Nunca hasta entonces Margarita le había hecho una manifestación semejante. El la encontró, sin embargo, natural, y solo pensó en tranquilizar á la pobre niña.

—Sí, Margarita; por vos, por vuestro padre, por mí, vale más la muerte que la infamia. Yo soy honrado, bueno, puro. La sociedad cree que debe hacerme responsable de delitos que no conozco siquiera! Vos vivís para esa sociedad! Pensad que el amor que os profeso, . . . que vos sabéis que os profeso, no puedo ofrecéroslo. Soy el hijo del verdugo!

—Y qué me importa! Yo os amo por vos; os amo por que Dios ha querido que os ame! Os amo por que mi padre, que os puso á mi lado, os ama y no me ha prohibido que os quiera.

El Dr. Whüntz lloraba. Hacia muchos años que el sábio investigador de los centros nerviosos, no había sentido tan conmovidos los suyos. Tenía por su hija esa ternura tranquila

de las almas serenas. No habia conocido jamás las grandes pasiones, que producen el drama ó la tragedia del hogar. Mas ocupado de sus libros y de su ciencia, que de su mision paternal, á penas si se habia apercebido de que su hija tenia un sexo diferente al de Herman.

Sospechaba que se amaban, y lo consideró sencillamente natural. No presintió los peligros que la situacion de Herman podia crear para Margarita, y el primer escollo puesto en la ruta de aquella existencia sin luchas le sorprendia llorando.

—Tu puedes amar á Margarita, Herman! dijo el sábio entre sollozos. Eres digno de ella, y.....

—Pero mi padre!.....esclamó tímidamente el jóven.

—No, yo amo á vuestro padre! El *señor* Hans es nuestro amigo, dijo vivamente la niña.

Aquella escena era el epílogo de un largo poema de amores, no hablado pero sentido.

Si el doctor Whüntz hubiese dejado á los jóvenes terminarlo, habrian olvidado la situacion peligrosa de Herman, para decirse las cosas sabidas que tanto tiempo se habian callado, pero que sentian la necesidad de contarse.

—Herman! dijo por fin el sábio, procurando

dominar sus lágrimas y su agitacion. Herman, tu posicion, en este momento, es muy séria, y es menester pensar en ella. Hace un momento te hubiera confiado mis temores y mis esperanzas. Ahora solo exijo tu sumision y tu confianza.

—Contad con ellas; pero.....

—Margarita te ama; tu la quieres; yo me he acostumbrado á miraros á ambos como á mis hijos. Necesito de vosotros para seguir viviendo, y quiero salvarte de la ignominia y de la muerte.

—Ah! sí, padre, salvadle!.....Verdad que le salvareis? Pensad, señor, que yo le amo!

Herman tomó la mano de la niña, oprimiéndola fuertemente contra su corazon. Su silencio estaba elocuente de ternura. Jamás un juramento mas puro unió dos almas. Jamás los *nervios* sintieron mas profundamente la influencia del fluido magnético.

—Doctor, dijo Herman. Mis lágrimas son solo de emocion, pero soy un hombre capaz de todos los sacrificios. Me entrego á vuestra ciencia y á vuestros consejos. Libradme de la ignominia ó de la vida.

—Necesito tu obediencia pasiva. No me preguntes nada, y has cuanto te ordene.

—Disponed de mí.

—Pues bien! No hay tiempo que perder. Vén conmigo.

Y el Doctor y Herman iban á salir de la habitacion, cuando Margarita se interpuso entre ellos gritando:

—Nó, nó! Si vais á huir llevadme! . . . Padre, yo no podria vivir sin él!

—Niña! Apártate! Voy á salvarle para tí y para la ciencia!

Whüntz no hizo caso de su hija, que caia desplomada, y salió de la habitacion á reunirse con Herman que le esperaba fuera.

La apasionada flor de los trópicos se marchita y muere cuando le falta el calor de la estufa.

Aquella suave flor del Norte languidecia al sentir alejarse su astro de luz y de sus amores.





VII



UANDO los soldados llegaron, el Dr. les esperaba tranquilamente en su biblioteca. Un juez les acompañaba, y dejando las tropas á la puerta, pidió hablar con el dueño de casa.

—Doctor, le dijo. Sabeis que cumplo una triste mision. Vengo á buscar al verdugo de Flandes. *Dura lex, sed lex.* Sé que le estimais, pero vos no podeis alzaros contra las leyes de Flandes sin cometer un delito.

—Y ¿quién os ha dicho que me subleve contra ellas? Buscáis al hijo de Hans, y voy á presentároslo.

El Doctor Whüntz abrió la puerta de una

sala inmediata, y el Juez vió á Herman en un lecho, sujetado por fuertes cuerdas, que dos hombres trataban de hacer aún mas tensas.

—Ahí le teneis! dijo el sábio al majistrado No soy yo quien os le arrebató. Es Dios. Herman está loco.

El doctor no habria necesitado decirlo. Herman, desencajado, pálido, ojeroso, luchaba desesperadamente por desasirse de las ligaduras que le sujetaban. La mas atroz de las locuras, producía en él horribles estragos.

No brotaba de sus lábios una frase sensata, y solo palabras incoherentes y mal articuladas, iban á herir los oídos de los que le escuchaban.

El Juez no se sorprendió. Parecía que dudase de aquella locura repentina, y cuando manifestó sus sospechas al doctor, este sonrió, diciéndole:

—Ah! Si vosotros los que administráis la justicia penal, supieseis lo que son los nervios, no cometeriais tantos errores. Esta locura es verdadera. Es el resultado del choque que ha sufrido el sistema nervioso de este jóven, al recibir la noticia de que le llamaban para ser verdugo. . . .

Cuando el Juez y los soldados se retiraron,

Margarita se acercó llorosa á su padre diciéndole:

—Volvedle la razon, padre! Si Herman continúa en ese estado, temo volverme loca yo tambien.

—Ten calma, niña. Aún no es tiempo. El Juez ha salido de aquí convencido de que se le engaña. Volverá con médicos que le examinen, y si ántes que ellos vengan, yo hiciese algo, todo habria sido inútil.

—¿Y no temeis.....

—Que descubran mi engaño?.... No hay médico en el mundo capaz de hacerlo. He necesitado veinte años de estudios constantes para arrancar á la ciencia este secreto. Hoy puedo, por medio de una pócima, alterar el sistema nervioso hasta producir la locura furiosa; ó puedo deprimirlo hasta producir la parálisis. Déjales que vengan. La ciencia burlará á la ignorancia; y el pobre Herman, que tanto ha hecho por ella, se salvará protegido por sus propias esperiencias.

El doctor Whüntz no se habia equivocado. El Juez volvió con los mejores médicos del pais, quienes por órden de la autoridad procedieron á examinar á Herman.

Le sometieron á un tratamiento especial y á

una observacion constante. La locura era evidente. Muchos dias despues, y tras de largas y repetidas esperiencias, lo declararon asi los facultativos, á quienes su época saludaba como grandes sábios, en tanto que la ciencia del Dr. Whüntz les perseguia con sus secretas carcajadas.

El acontecimiento produjo grande emocion en Flandes. El fanatismo lo explotó con passion en favor del hijo del verdugo, y la leyenda atribuyó á la Providencia su intervencion divina, para derogar la bárbara ley humana.

Quizá esa idea, fomentada en las muchedumbres, habria bastado para producir la reforma de la ley, que establecia la infamia trascendental como pena; pero las impaciencias amantes de Margarita, impidieron la obra lenta y segura de la opinion que pidiera justicia.

El amor puro es impaciente. El pudor no se defiende de los arrobamientos sinceros del alma enamorada.

Margarita sabia que Herman estaba bajo la presion de un remedio; pero su cariño anhelante no tenia fé ni aún en la ciencia de su padre amado.

Santo prestigio de la passion casta! Crédula

y sencilla para con el amante, en sus temores, duda hasta de la Providencia misma.

La niña languidecia, á medida que el tiempo pasaba, y Herman no recobraba la razon.

Los médicos oficiales habian prohibido que personas de la casa del Doctor Whüntz, penetrasen en la habitacion del loco; y la pobre enamorada vivia desterrada, sin luz y sin amores en sus dias desolados.

Cuando la prohibicion oficial cesó, y Margarita pudo volver al lado de su amado, la desesperacion mas poderosa dominaba su espíritu.

Herman era presa de una furia terrible. Las ligaduras que le sujetaban al lecho, habian penetrado en sus carnes, y su cuerpo sangraba.

Los ojos brillantes y hundidos, por las largas noches de insomnio, parecian querer saltar de sus órbitas; y su rostro enflaquecido, pálido y perfilado, habia perdido la dulce expresion de melancólica contemplacion que le era peculiar.

El Doctor Whüntz tuvo miedo del efecto que aquel espectáculo producía sobre los nervios de su hija; y venciendo sus propósitos,

aconsejados por la situación y las conveniencias, mandó que le dejaran solo con el loco.

Algunas horas mas tarde Herman estaba calmado, y comenzaba á dormir. El efecto de las pocimas del Doctor Whüntz habia sido eficaz.

La quimica moderna no habria producido mayores resultados que la alquimia del sábio del siglo XVI.

Cuando al dia siguiente despertaba de nuevo á la vida de la razon tranquila, su primera palabra conciente, fué la aspiracion mas ardiente de su alma.

—Margarita! dije, y abrió sus ojos plácidos y melancólicos, como otros dias felices, envolviendo en la mas tierna de las sonrisas el nombre idolatrado.

La alegria que los acontecimientos felices producen, es irreflexiva. Los hombres mas sensatos cometen puerilidades propias de la infancia, bajo la presion de esas grandes expansiones del alma.

El viejo Hans, desesperado por la posibilidad de que su hijo fuese verdugo; anonadado, mas tarde, por el convencimiento de que estaba loco, no puedo contener las sublimes ale-

grias de su alma, al verle de nuevo sano y dichoso.

Sus enemigos le acechaban, sin embargo. Cuando en Flandes se supo que Herman no estaba loco, los médicos burlados por la ciencia de Whüntz, fueron los mas empeñados en perseguir á su jóven protegido. El sábio hizo inútiles esfuerzos para salvarle. En vano reveló los estudios de Herman, y todas las esperanzas que, para la ciencia fisiológica, fundaba en él. La ley que le condenaba á la infamia era implacable.

Entónces Whüntz pensó en la fuga. Sabia que Margarita no podria resistir á la pérdida de Herman; y creyó que huyendo á un país extranjero, escondiéndose en un rincon oculto de la Europa, podria aún hacer felices á aquellos dos seres, que formaban su propia existencia.

Preparaban la huida, cuando una noche fueron sorprendidos por la autoridad, que llegaba de nuevo en busca de Herman.

El Dr. Whüntz sintió que, por primera vez en su vida, la ira invadia su alma. Conocia el carácter de Herman, y se resolvió á consumir un gran sacrificio, meditado de tiempo atrás, como recurso extremo para salvar de la infamia al amado de su hija.

En tanto que el juez y su séquito forzaban las puertas de su hogar, y hacían la pesquisa en la casa, el Dr. Whüntz, Herman y Margarita se habían encerrado en un pabellon, oculto en el fondo del jardín.

Solos allí, con Dios y su conciencia por testigos, esperaban el resultado de la prueba terrible.

Cuando los agentes de la autoridad llegaron á aquel último asilo de la desesperacion y del amor, el Dr. Whüntz abrió violentamente la puerta.

Estaba pálido, sombrío. Sus manos y sus ropas teñidas de sangre, arrancaron un grito de sorpresa al magistrado; pero ese grito se convirtió en una terrible exclamacion de horror, cuando el sábio médico les dijo, con una sonrisa de doloroso desprecio:

—Habeis venido á buscar el verdugo de Flandes en mi casa? Necesitais un brazo ejecutor de vuestras sentencias de muerte? Ahí le teneis, pues! Tomadlo! Llevadlo á los que os envian, y decidles que así contesta Herman á la infamia que la ley le impone!

Y el Dr. Whüntz, al decir, esto arrojó á los piés del magistrado flamenco, el brazo derecho de Herman, separado del tronco por una

hábil y rapidísima operacion, en tanto que Herman se adelantaba, mostrando su cuerpo mutilado y diciéndoles:

—La infamia trascendental no la impone la ley, sino los propios actos del hombre. Yo me he librado de ella, y he reconquistado mi honor á *cotsa de mi sangre y de mi brazo*, como los inmortales guerreros de mi patria!





VIII



EL Dr. Whüntz ha muerto hace ya mas de trescientos años. En su lecho de agonía la religion católica encendió la esperanza, como un fuego bendito para su alma creyente.

El sábio llegaba al término de su jornada mortal, sin haber podido encontrar la solucion del problema misterioso.

Habia buscado, en vano, la esplicacion material de los fenómenos que forman el conjunto de la existencia humana. Se habia convencido de que los elementos físicos y químicos del organismo, no constituian *la vida*.

Ellos son *condicion*, pero no *causa* de la existencia.

Su sucesor y heredero, Herman, continuó las investigaciones del ilustre sábio; pero, á pesar de los esfuerzos de aquel y de los nobles propósitos de este, el misterio que envuelve todavía á los centros nerviosos del organismo animal, es el mismo que los velaba hace tres siglos.

El barómetro que mida el grado de voluntad de cada acción ó de cada pensamiento humano, aún no se ha descubierto.

Los locos siguen delirando despiertos, y los cuerdos continúan delirando dormidos.

Las relaciones entre la idea y las evoluciones de la materia todavía no se conocen; pero la misión del Doctor Whüntz no ha sido estéril en la tierra.

Por lo menos, ha conseguido destruir una ley de infamia. Ya no hay verdugos hereditarios en la raza de Hans.

El último fué un hombre honrado y puro. El primero que le siguió en su generación redimida,—Herman,—fué un sábio ilustre. Sus descendientes son hombres libres.

.....
.....

Los viajeros modernos que visitan la Holanda, para estudiar en su propio teatro la epepe-

ya liberal de los Países Bajos, cruzan sin detenerse delante del cementerio desconocido, donde reposan los restos de Whüntz, de Hans y de los descendientes de Herman y Margarita.

Ningun monumento fastuoso guarda aquellas reliquias que la muerte ha reunido en la tumba, como el amor les confundió en la vida.

No hay inscripciones que conmemoren su noble mision sobre el mundo, y solo la tradicion conserva el nombre de los seculares moradores de aquel modesto cenotáfio. Las yerbas crecen entre las grietas de las lozas que le cubren, y las margaritas blancas perfumadas la rodean, formando como guirnaldas, que le coronan con melancólica poesia.

La injuria de los siglos todo lo ha destruido, ménos la severa cruz de piedra que, estendiendo con amor sus brazos, consagra y bendice el eterno reposo.

Si alguna vez hubiese penetrado alli un espiritu selecto, soñador y fantástico, de esos que, como Dickens, ven, en la noche de Navidad, la ahumada campana del hogar, poblada de celestes visiones,—él habria tratado de descifrar los signos cabalísticos que, gravados apenas sobre la humilde lápida, le sirve de epitafio.

Nadie sabe quien escribió allí aquella frase formada sin palabras; si bien se comprende que ella concentra el sentimiento de una de esas almas que pasan, impulsadas por una aspiración sublime al infinito. . . .

Cuentan los que guardan aquel sepulcro, que en los últimos años, un viajero desconocido, llegó hasta él, en una tarde serena y melancólica de otoño.

De pie, descubierta la cabeza, silencioso y sombrío, contempló con recojimiento aquel recinto solitario. De la torre altísima de la iglesia inmediata, partió la voz argentina que recuerda á la cristiandad la hora del *Angelus*. El forastero dobló en tierra la rodilla, oró fervoroso, y despues besó conmovido la cruz bendita.

Le vieron inclinarse sobre el mármol de la tumba; permanecer algunos momentos en una labor misteriosa, y luego partir lentamente, volviendo muchas veces la cabeza, para contemplar el sepulcro abandonado.

Cuando, al día siguiente, el primer rayo del sol brilló sobre la loza, una inscripción podia verse en ella, hablando al espíritu del creyente, con la muda elocuencia de todo lo que es vago, indefinido y sublime.

Era una frase musical de alguna balada de Chopin.

El viajero había querido consagrar, con aquel pensamiento indefinible, la última expresión de la ciencia del Doctor Whüntz:—
EL ALMA ES INFINITA, COMO LA ARMONIA, Y COMO
ELLA SE DILATA Y VIBRA, SIN DEJAR HUELLAS VISI
BLES DE SU EXISTENCIA!



